



VALS

Yo tenía cien añitos
y uno se cayó en la nieve,
ya me quedan sólo nueve,
nueve, nueve, nueve, nueve.

Todo en la vida tiene un número,
una guitarra y un espejo,
rompan, compadres, la guitarra
que en el espejo están bailando
vestidos de humo mis recuerdos,
que uno por siete son tan tristes
como el perfume de tus venas.

En grandes cántaros de greda
guarda la noche el vino tinto
para la sed de los amantes
y así empezaron mis pecados
en tu cintura de canela,
que uno por cinco son ingenuos
como los duendes de las fábulas.

Luego me fui por los caminos
que siempre van y no regresan
y aparecieron persiguiéndome
seltas al viento tus caderas,
pero el regazo de la sombra
se hizo ceniza dulcemente
que uno por nueve son efímeros
como los sueños de las nubes.

Y hoy que regreso a mi guitarra
con los zapatos enlodados
y un dolor verde en la garganta,
quiero buscarte y sólo encuentro
mi propia sombra en un rincón
jugando al naipe con los ciegos,
que uno por diez son implacables
como los valsés del crepúsculo.

La poesía que va saltando entre los recuerdos

Nuestro gran novelista Joaquín Gutiérrez ha emprendido, ahora muy en serio, la construcción de sus memorias. Una vez que salieron sus hermosas Obras Completas, el laureado narrador de "Murámonos, Federico" se encerró en su micro a enhebrar los recuerdos de una vida agitada y ubicua que lo encariñó con muchas gentes y lugares de la tierra.

De ese proceso creativo, en el que van surgiendo estampas y crónicas, fantasmas y sombras, el poeta también destila poesía en verso. Es poesía de la memoria, de la nostalgia, del juego surrealista con las palabras y de la intensidad con que fue vivida y hoy revivida. Veámosla.

Cuando llora mi paraguas

Ando tan dundo en medio de la gente
que la vida perdí, ya ni sé donde,
como pierdo el paraguas o los lentes.

Creo que la culpa fue de una sonrisa
dibujada en el aire, aventurera,
con balcón a la plaza y a la brisa.

Tenía algo en sus caderas de hechicera,
la picardía de un pez nadando en vino
y un abejón zumbón en su bandera.

Vivíamos en las curvas del camino
y en sus pestañas vi que me quería,
aunque todo era sólo un desatino,

Porque su único amor fue la alegría
y cuando algo la hastiaba, de repente
huía corriendo por la geografía.

¿Ustedes no la han visto? Lo pregunto
por si algo saben, porque vivo en vela
—como el espejo ciego de un difunto—
anhelando anhelar lo que ella anhela.

Sé que bebí el perfume de su piel,
mas dudo, a veces, si existió: lo digo
porque no tenía nombre, ni un papel,
ni familia, ni patria ni un amigo.

Ella era toda en sí, como una hoguera,
o como la primera gotita del rocío
o el ojo del halcón o la pantera.

¿La raptó el viento? ¿Se ocultó en el río
O en el corpiño de la primavera?
¿Cuál nube es ella? ¿Dónde la encontré?

¿Fue sólo un sueño o era un desvarío?
¿Soy dos ahora? ¿Ya me desdoblé?
¿Soy la flor enredada entre su pelo?
¿Su piel de caramelo?, ¿sus labios que besé?

Yo suelo ser sensato, aún cuando sueño,
y me irrita pensar que estoy demente,
más ya ni creo que soy mi propio dueño,

Y ando tan dundo en medio de la gente
que la vida perdí, ya ni sé donde
y sólo el eco de su voz responde
y mi paraguas llora inútilmente.